

Sara Calderón
Profesora Titular
Universidad de Niza

La resemantización de dos figuras míticas : Lilith *versus* Eva en “Trilogía”, de Brianda Domecq y *El infinito en la palma de la mano*, de Gioconda Belli

Los mitos y relatos de los orígenes han sido estudiados desde perspectivas muy diversas : en tanto que arquetipos, por su contenido psicológico o por su dimensión religiosa. Más recientemente, con la irrupción de nuevos discursos emitidos desde la periferia por voces socialmente construidas como “otras”, han sido también abordados por su papel en la institución y reproducción de un discurso y de unos valores que afianzan esquemas sociales y representaciones simbólicas.

En este sentido, abordaremos aquí las reescrituras de dos relatos de los orígenes efectuadas respectivamente por Brianda Domecq, que aborda el mito de Lilith en su novela corta “Trilogía” publicada en 1982, y Gioconda Belli, que aborda la historia de Eva en su novela *El infinito en la palma de la mano* publicada en 2008. Considerando los relatos de los orígenes como componentes de los sistemas míticos y semánticos que estructuran nuestro imaginario y nuestras representaciones, trataremos de valorar las líneas rectoras de la resemantización de cada uno de los personajes femeninos por estas dos autoras latinoamericanas contemporáneas.

Los relatos de los orígenes adquieren especial relevancia por su importancia fundacional. En este caso los dos personajes, Lilith y Eva, tienen el estatus de primeras mujeres en la tradición hebrea y cristiana, respectivamente.

Sin detallar estos relatos ampliamente conocidos, nos limitaremos aquí a aislar algunos componentes de ambas figuras para analizar luego las estrategias de reconstrucción empleadas por las escritoras latinoamericanas.

Aunque ambos relatos fundadores instalan a la mujer en el estigma, los dos lo hacen de diferente manera. La diferencia más obvia en cuanto al modelo de mujer que

ambos portan es la relación de igualdad o de subordinación con el hombre. Lilith es la igual de Adán, puesto que como él fue creada de la tierra y que el diferendo inicial entre ambos constituye una metáfora apenas velada de una lucha por la predominancia. En cambio, Eva tiene con Adán una relación de subordinación, puesto que fue creada de su costilla.

Más allá de esta diferencia, ambos relatos estigmatizan las figuras de las dos primeras mujeres. Puesto que en los dos relatos se sanciona a la mujer con sufrimientos vinculados a la maternidad, ésta queda negativamente marcada en los dos casos. Sin embargo, la sanción no es la misma para Lilith y para Eva. En efecto, mientras que Lilith es condenada a un dolor permanente y moral, puesto que tendrá miles de hijos de los cuales cientos morirán cada día, Eva es condenada a un dolor pasajero y físico, puesto que engendrará a sus hijos en el sufrimiento.

La diferencia entre los dos castigos no puede sino acentuar la condena del personaje que es la igual del hombre. Si añadimos que Lilith se convertirá en un demonio y en la compañera de Sammaël, el diablo, su ejemplo es definitivamente proscrito.

Un último elemento de reflexión a propósito de los imaginarios que ambos relatos contribuyen a plantear a propósito de la mujer es el vínculo de ambos personajes a la sexualidad. En el caso del relato de Lilith ésta aparece explícitamente. En el caso de Eva, ésta aparece de forma encubierta, con la vergüenza de la desnudez que aqueja a los dos primeros seres humanos después de comer del fruto prohibido. En ambos casos se responsabiliza de los efectos nocivos a la mujer, y ambas figuras vienen estigmatizadas por ello.

Salvando la diferencia de relación de igualdad o de subordinación, ambos relatos estigmatizan a la mujer y la vinculan a la sexualidad y a la maternidad que aparecen en ambos casos, por motivos y de formas diferentes, como negativos.

Los sistemas simbólicos occidentales han construido una serie de identidades, entre ellas las de las mujeres, como “otros” de un sujeto central que monopoliza el discurso, el hombre blanco occidental. Entre otros dispositivos, esto se logra a partir de una serie de dualismos que estructuran las identidades, situándolas en el espacio y en el marco cultural : masculino/femenino ; público/privado ; cultura/naturaleza... Así las identidades se definen en un plano simbólico tanto por oposición como por

complementariedad. Para redefinir las figuras de ambas primeras mujeres los relatos que nos ocupan operan en base a este sistema de dualismos, ya redefiniéndolos, ya desplazándolos.

El relato de Brianda Domecq a propósito de Lilith subvierte las estructuras de género. Para ello recurre al humor, a través de la parodia y de la sátira. La redefinición del personaje de Lilith se efectúa gracias a una serie de paralelismos y de oposiciones, que no afectan ya a lo masculino/femenino sino al fuera y dentro del género.

En efecto, las oposiciones no se hacen sólo de personaje a personaje, sino de pareja a pareja entre Eva-Adán y Lilith-Sammaël. Por supuesto, el esquema no viene dado de entrada, y en parte el título del cuento, "Trilogía", proviene del hecho de que la novela corta narra sucesivamente dos triángulos amorosos que implican a Eva, Adán y Lilith y a Eva, Adán, Sammaël respectivamente. Por otra parte, la figura de Dios padre también se ve inserta en el marco del género, por la necesidad de éste de dominar, pero es ridiculizada tanto por su irresponsabilidad como por el hecho de que, una y otra vez, sus criaturas se le escapan.

La novela lleva al desenlace de la formación de la pareja Lilith-Sammaël estableciendo desde un principio complementariedades y paralelismos entre ellos y oposiciones entre Lilith y Eva y entre Sammaël y Adán. Una de las oposiciones gira en torno a la ridiculización de los estereotipos de género en Adán y sobre todo en Eva y a la integración de lo masculino y de lo femenino en Lilith y Sammaël. Esta integración ya viene dada para Lilith en el relato originario y "Trilogía" la retoma atribuyéndole fuerza y agresividad. Por otra parte, en lo respectivo a Sammaël, el relato lo dota de características femeninas desde su primera aparición. La naturaleza andrógina de Lilith y de Sammaël los sitúa por tanto fuera de los esquemas de género, haciendo de ellos seres que los subvierten por el simple hecho de su existencia.

Además, un paralelismo se establece entre ambos personajes por su búsqueda de un amor pleno y la imposibilidad de encontrarlo en el primer ser elegido, respectivamente Adán y Eva, por culpa de los estereotipos de género que se interponen entre ellos : en el caso de Adán la absoluta necesidad de dominar, que choca frontalmente con la necesidad de autonomía de Lilith ; en el caso de Eva, su dependencia hacia Adán, que le impide irse.

Así el sufrimiento amoroso, la decepción, une también a los personajes. En el caso de Lilith, esta decepción se torna en aprendizaje vital y participa para incidir en el

personaje de forma que puede suscitar identificación. En efecto, del personaje quizá excesivamente fuerte originario pasamos aquí a un personaje fuerte en la medida en que defiende su individualidad, pero hasta cierto punto vulnerable, en la medida en que sufre la pérdida y la decepción. Es pues a una auténtica evolución de la infancia a la edad adulta a lo que asistimos, que se manifiesta en una pérdida de la inocencia y que es válida tanto para Sammaël como para Lilith.

El relato de Domecq subvierte las dos esferas que los relatos de origen esbozan casi como definitorias de lo femenino, sexualidad y maternidad. Por una parte, la sexualidad es reivindicada. Por otra parte, la maternidad es minimizada. En lo que respecta a Lilith, el relato abandona la idea de dolor :

Encontró sobredesarrolladas sus facultades procreativas y comenzó a parir demonios a razón de cien por día desparramándolos encima del Mar Rojo como peces su esperma en el río. Para ahorrarse tiempo les ponía indistintamente *lilín*, y, prosiguiendo sus diversiones amorosas, los abandonaba a su suerte (DOMECQ, 1982 : p. 91).

El fragmento reviste de indiferencia la maternidad, situándola en el extremo opuesto del motivo de sufrimiento que tiene en el relato originario. Por otra parte, el hecho de que la protagonista opte por no nombrar a su progenitura acentúa este desapego.

La narración se esfuerza pues por deconstruir la imagen dada por el relato original, haciendo de la maternidad un rasgo anecdótico, desestigmatizando la sexualidad y situando a hombre y mujer sobre un mismo plano. Si el principio de “Trilogía” había situado el relato en los orígenes del mundo, su final nos lleva al final de la Historia, que no es el fin del mundo, sino el de la civilización construida sobre los esquemas de género :

Y Dios, cansado de todo aquello, recogió sus nubes y se fue [...] Se hizo la Ausencia, la Ausencia Total, un infinito En-Sí de Ausencia ... [...] El tiempo se detuvo al borde del vacío y la Historia, se quedó, trémula, suspendida en un crepúsculo definitivo (DOMECQ, 1982 : p. 123)

El desenlace de la novela corta de Domecq establece por tanto una utopía, el fin de la Ley del Padre, que aparece como condición necesaria para que dos seres libres, Lilith y Sammaël, se encuentren y existan plenamente.

En contraposición, el relato de Gioconda Belli recurre a un lenguaje poético y una sintaxis depurada que potencian el aspecto mítico vinculado a los orígenes. El trabajo

formal cobra especial importancia y esto es perceptible desde las primeras líneas, que refieren la creación de Adán :

Y fue.

Súbitamente. De no ser, a ser consciente de que era. Abrió los ojos, se tocó y supo que era un hombre, sin saber cómo lo sabía. Vio el Jardín y se sintió visto. Miró a todos lados esperando ver a otro como él.

Mientras miraba, el aire bajó por su garganta y el frescor del viento despertó sus sentidos. Olió. Aspiró aire a pleno pulmón. En su cabeza sintió el revoloteo azorado de las imágenes buscando ser nombradas. (BELLI, 2008 : p. 17)

La simplicidad de la sintaxis parece figurar la sencillez de un mundo en gestación. La focalización interna renueva el relato, que evoluciona de final de la historia del génesis a principio de la historia de la humanidad. Transformando la percepción del ser humano en motor de la descripción, el fragmento instala una sensualidad que devuelve a Adán y a Eva una corporeidad fuertemente proscrita en el texto bíblico.

De la noción de descubrimiento deriva esta puesta de relieve del aspecto sensorial, así como una relación intergénero dominada más por la noción de curiosidad que por la de jerarquía. Este cambio, a primera vista insignificante, desactiva en la novela la rigidez del esquema de dominación que puede acompañar a los estereotipos de género.

Contrariamente al relato de Domecq, el relato de Belli mantiene una diferenciación entre masculino y femenino próxima a la dada por los esquemas de género, pero redistribuyendo el reparto de fuerzas. Así, para fortalecer a la débil figura de Eva, acude a la figura de la diosa madre.

Respecto a los estereotipos de género, podemos decir que la novela mantiene de forma bastante homogénea los tradicionales dualismos naturaleza / cultura ; altruismo / egocentrismo ; público / privado (asociados en este relato a las nociones de exterior-activo e interior-pasivo). Sin embargo, Eva no es un personaje sumiso y podemos notar que en varias ocasiones la novela reporta disputas entre ella y Adán.

Puesto que empodera a la figura de Eva enlazando con el arquetipo de la diosa madre, la maternidad aparece potenciada en la novela, pero no idealizada. Así, varios fragmentos refieren el hartazgo de Eva vinculado al cansancio físico y psíquico que implica por momentos la condición de madre. No obstante, es la maternidad lo que dota a la protagonista de una empatía sobredesarrollada que la comunica con la naturaleza. En ese sentido, ésta es incluso sacralizada, en un sentido pagano del término :

[...] le pareció que su piel se había llenado de oídos y su vista de tacto para palpar la angostura o intensidad de los sentimientos de sus hijos. Les leía los ánimos y las señales con una habilidad que a menudo la sorprendía. Salirse de sí misma, multiplicarse, le abrió misteriosamente los lenguajes secretos de la vida. (BELLI, 2008 : p. 178)

La nueva condición de madre dota pues a Eva de una receptividad sobredesarrollada que aparece como vehículo para conducirla a una forma de conocimiento secreto y sagrado.

Este rasgo se desarrolla en el momento del primer alumbramiento de Eva, que es descrito como momento trascendente, capaz de restablecer por unos momentos la unión sagrada de todos los seres vivos que había sido rota con la expulsión del paraíso.

Por otra parte, la novela desestigmatiza la sexualidad, el otro elemento inherente a lo femenino que deriva del relato bíblico, reivindicando la sensualidad como valor y acentuando en la sexualidad el componente de comunicación con el otro. El fragmento que narra el episodio del fruto prohibido es así referido con una abierta reivindicación de la dimensión sensual :

Tomó el fruto oscuro, suave al tacto. Lo llevó a su boca y lo mordió. La dulzura del higo se extendió por su lengua, la carne blanda derramó miel por sus dientes. El efímero pálpito de espuma de los pétalos blancos que caían del cielo se le antojó material insustancial comparado con el jugo penetrante, el aroma del fruto prohibido. Sintió el olor dispersarse dentro de ella. El placer de sus papilas se expandió como un eco en su cuerpo (BELLI, 2008 : p. 43)

Domina en el fragmento la sensualidad. Además, el episodio es presentado como desencadenante del descubrimiento de la sexualidad por Adán y Eva. El fragmento que refiere la primera relación de ambos se centra sin embargo menos en la sensualidad que en las nociones de comunicación, de integración de lo masculino y de lo femenino y en la dimensión de momento fundacional que adquiere el acontecimiento.

El modelo de mujer vehiculado por la novela viene así dignificado con relación al que deriva del génesis. Recobrando una fuerza que entronca con divinidades femeninas, la maternidad no figura ya como estigma de debilidad sino como profunda fuente de fuerza mientras que la sensualidad aparece como valor reivindicado. Por otra parte, la relación que Eva establece a Dios padre incide también en la resemantización del personaje y en el significado que adquiere el momento transgresor.

La condición de madre de Eva, prefigurada en su vida en el Jardín de Edén, hace que ésta establezca con Dios una relación de empatía y de comunicación mucho más profunda que la de Adán. Así, si bien el relato de Belli mantiene la transgresión de la

prohibición divina como iniciativa de Eva, también la subvierte para hacerla derivar de ese profundo nivel de empatía con el Creador. En efecto, tras una serie de sueños inspirados por Dios, Eva descubre que su anhelo es conocer y contemplar la Historia de la humanidad y que, en ese sentido, “[...] sólo ella, usando su libertad, podría darle [...] la experiencia del Bien y del Mal que El anhelaba” (Belli, 2008 : p. 38).

En este contexto, probar la fruta del árbol prohibido cambia radicalmente de sentido y pasa de ser una muestra de debilidad a significar una profunda fortaleza que implica ir más allá de sus miedos. Sin embargo, si esta resemantización cambia la debilidad en fuerza, también mantiene el estereotipo de género de la dulzura y entrega femeninas.

Los dos relatos refieren el advenimiento de un orden nuevo portador de esperanzas. Mientras que en el relato de Domecq el lector asiste al final de la Historia, el relato de Belli refiere su principio. Si Domecq desmantela los esquemas de género, el relato de Belli los mantiene problematizándolos y apostando por la posibilidad de ir más allá, no siempre lograda, a base de una importante comunicación.

Ambas autoras resemantizan con sus narraciones las figuras de dos primeras mujeres, liberándolas del estigma de la falta y de la condición de la subordinación. Domecq esboza una Lilith indiferente a la maternidad que, aliando fuerza y vulnerabilidad, sufre en el aprendizaje vital pero alcanza la plenitud. Por su parte, Belli retrata una Eva que entronca con la figura de la diosa madre y toma de ella una fuerza que le permite tomar decisiones cruciales. Por el camino, valores como la sensualidad o el desinterés por la maternidad son claramente reivindicados.

Mientras que el relato de Domecq aparece como subversivo para los esquemas de género, ya que desmonta todo dualismo tradicional, el de Belli se presenta como heredero de algunas de las concepciones del ecofeminismo.

Ambos relatos parecen integrar ese importante movimiento de reposicionamiento de las mujeres para redefinirse en una multiplicidad de identidades. En este sentido, ambas obras parecen participar de la “escritura cyborgiana” de Donna Haraway según la cual era quizá preferible “ser cyborg que diosa”.